

LA VIDA Y SU METAFISICA

(En torno a Ortega y Gasset) *

La filosofía de nuestros tiempos camina por sendas no trilladas, pues no en vano el filósofo tiene vocación de explorador. El filósofo tiende a constituirse como tal en sus especulaciones y a la vez tiene frente a sí la ardua tarea de constituir su objeto, de buscarlo, de hacerlo patente entre las oscuridades de los seres. Es el filósofo, entre todos los hombres de ciencia, el único que tiene planteada la incógnita de su propia existencia, que en último término no es otra que la incógnita de la existencia del objeto de sus investigaciones.

Es un hecho el arribo, acaso forzoso, a la idea de la vida. Después del diluvio positivista que anegó a la metafísica, ésta se encuentra algo así como en la necesidad de hacer pie para salvarse; la resaca de los imperativos históricos la lleva hacia algo real en que apoyarse; busca la realidad y lo primero que topa es el hombre y, en el hombre, la vida.

No sabemos si el punto de apoyo se sostendrá. Lo único de que tenemos experiencia es de que, por lo que fuera, en los tiempos pasados, no se había logrado hacer asiento en él y de que, ya en posesión de este nuevo objeto, la metafísica está intentando reconstruirse de nuevo a sí misma, aprovechando a este fin todas las posibilidades ónticas de su descubrimiento.

Para nuestro propósito, no nos interesan ahora los motivos que fuerzan al hombre de hoy a preocuparse de la vida, pues no pretendemos sacar al aire las raíces de la metafísica actual. Nos preocupan por ahora la estructura metafísica de la vida misma, sus fundamentos, sus características más acusadas. Y esto ya es distinto, porque para la valoración del objeto que la metafísica de hoy nos descubre, utilizaremos los principios que nos ofrece la metafísica misma. Y con ello creemos dar continuidad a la filosofía. A lo largo de la historia aparece constantemente la idea de la vida. Esto, sin duda, inducirá a más de un ingenuo a sostener que la realidad de que se viene ocupando la metafísica desde Dilthey a nuestros días la poseía desde muy antiguo la Escolástica y sobre todo el Tomismo¹. Sin embargo, la diferencia entre la concepción antigua y la

* Páginas inéditas del P. A. A. Ortega cuya publicación se anuncia en la nota necrológica que precede.

¹ «Ni a la Escolástica ni al Tomismo son extrañas las ideas de evolución y progreso; de tiempo y de historia. St. Tomás escribió artículos magníficos sobre el progreso de verdades dogmáticas, sobre el progreso de la gracia en el hombre